

Sexualidad y adolescencia

L. Mitjans Lafont

Médico, Sexólogo.

Unitat de Salut Sexual i Reproductiva, S. Promoció de la Salut.

Dirección General de Salud Pública, Conselleria de Sanitat, Generalitat Valenciana.

Rev Pediatr Aten Primaria. 2005;7 Supl 1:S 89-95

Resumen

Si durante la infancia el sexo es el hecho más radical a nivel existencial, durante la adolescencia, además, se convierte en el hecho más radical a nivel vivencial. La adolescencia, como período vital y social, se puede referenciar como un período de "reindividuación sexual", en el que dominan unos cambios guía: pasar de un cuerpo de niña/o a un cuerpo de mujer/varón; transformar una identidad infantil en una identidad adolescente; sustituir el núcleo fusional familiar por el núcleo fusional externo; el deseo sexual, como investimiento erótico del "otro", se convertirá en el motor vivencial que con más fuerza organizará el mundo de los afectos y sentimientos.

Las diferencias con base neuro-hormonal separan los puntos de arranque del proceso: las chicas se adelantan casi dos años a los chicos. Pero tanto en ellas como en ellos el cuerpo va a ser el escenario de la acción, el cuerpo como sustento y como carta de presentación de esa nueva identidad incipiente. Sus nuevas capacidades fisiológicas procreatoras recién estrenadas, la maduración ovárica y testicular, van a tomar significados vivenciales y sociales diferentes en nuestro contexto cultural: la legitimación del placer y el deseo sexual como un proceso activo va a ser mucho más lineal para los adolescentes y mucho menos explícito en las adolescentes.

La sexualidad, la manera de vivirse como varón o como mujer, se convierte en la adolescencia en el registro más emergente de sus vidas.

Esta realidad marca los objetivos de competencia en la educación sexual en la adolescencia.

Palabras clave: Adolescencia, Identidad sexual, Deseo sexual, Sexualidad.

Abstract

If, during infancy, sex is the most radical act at an existential level, then, during adolescence, it also becomes the most radical act in terms of experience. Adolescence, as a vital and social period, can be referred to as a period of "sexual revindication" in which some guideline changes dominate: the change from a childlike body to that of an adult, transform an infantile identity into an adolescent one, substitute the fusional family nucleus for an external nucleus; sexual desire, like the erotic awakening of the "other", will be converted into the vital motor that, with more effort, will organise the world of affections and feelings.

Neuro-hormonal differences separate the starting points of the process: girls overtake boys by almost two years. However, as much for boys as for girls, the body is the scene of

action, the body as sustenance and as presentation letter of their new budding identity. It's new-found procreative, psychological capacities, ovarian and testicular maturity, will take significant vital and social differences in our cultural context: legitimization of pleasure and sexual desire as an active process will be much more lineal for adolescents and much less explicit in adolescents.

Sexuality, the way of living life as a man or a woman, becomes for adolescents, the most apparent change of their lives.

This reality marks the objectives of competence in sexual education in adolescence.

Key words: Adolescence, Sexual identity, Sexual desire, sexuality

La activación del sistema funcional formado por el eje hipotálamo-hipofisario-gonadal (ovárico y testicular) y la subsiguiente cascada de procesos de cambio madurativo que se producen en una época del desarrollo vital de las niñas y niños reflejan sin lugar a dudas los aspectos filogenéticos del mantenimiento de la especie a través de la procreación sexuada y los aspectos ontogenéticos de la diferenciación sexual en la especie humana.

Los cambios puberales (cambios somato-psíquicos), esencialmente dimórficos en cuanto a caracteres sexuales secundarios, provocan una realidad social radical: la capacidad de ser fértiles va a unir y a separar definitivamente a los sexos.

Esta capacidad para procrear tiene, como hemos señalado, unas implicaciones sociales de vital importancia. Este nuevo estatus implica la asignación de toda una cascada de prerrogativas y demandas que va a situar a las niñas y a los niños

de manera inequívoca en una de las dos nuevas situaciones posibles: ser una mujer o ser un hombre. Habitualmente este es un proceso identificatorio sin demasiada discontinuidad entre la identidad infantil y la nueva, las niñas construyen mujeres y los niños varones.

Esta imagen de continuidad no debe engañarnos sobre el potencial de conflicto que genera este período vital, tanto a nivel vivencial del sujeto como del entorno que lo enmarca.

La adolescencia, como período vital y social, se puede referenciar como un período de "reindividuación sexual", en el que dominan unos cambios guía: pasar de un cuerpo de niña/o a un cuerpo de mujer/varón; transformar una identidad infantil en una identidad adolescente; sustituir el núcleo fusional familiar por el núcleo fusional externo; el deseo sexual, como investimento erótico del "otro", se convertirá en el motor vivencial que con más fuerza organizará el mundo de los afectos y sentimientos.

Los cuerpos y las identidades

Decíamos que el primer mandato que deben cumplir los adolescentes será convertirse, casi de la noche a la mañana, en mujeres y hombres.

Sí hay un rasgo estructural que se repite en todas las sociedades humanas: adjudicar de manera diferencial e inequívoca formas, funciones, pensamientos, expectativas, apetencias, predisposiciones e incluso derechos a cada sexo con el objetivo de clarificar en la organización social la distinción entre varón y mujer. Constituyéndose ambos sexos de esta forma como polos opuestos, antagonizándose de forma artificial lo que tal vez sólo sea una cuestión de matices.

Parece evidente que los sexos tienen diferencias entre sí, pero esto no significa que sean diferentes, es fácil comprobar que las similitudes son más que las diferencias.

Es éste, la construcción social de los sexos, un proceso que funciona desde el nacimiento del individuo como una estructura de complementariedad; ambos sexos se construyen en registros paralelos en los que existen algunas convergencias entre ambos pero, sobre todo, muchos opuestos. La asignación de pertenencia a un sexo o al otro será automática e inequívoca en la primera infancia en base a tener un cuerpo con geni-

tales externos más o menos conformados como hembra o como macho de la especie. Nadie pone en duda en esos momentos la bondad y la exclusividad de la asignación en base a esa vulva y a ese pene. ¡Es una niña! o ¡es un niño!

Coincidiendo con el inicio del proceso de socialización temprano, que también inicia la época llamada como 2.^a infancia, en la que el grado de individuación, por lo tanto de autonomía, ya permite claramente significar singularidades, esta asignación empieza a ser más exigente.

La presión, ejercida a través de la familia y del grupo, va aumentando en cuanto a la no adopción de esquemas vivenciales y comportamentales que estén asignados de manera exclusiva al otro sexo. Va a ser en este período de edad, entre los 3 y 5 años, cuando se consolida la identidad sexual nos referimos a la clara identificación y pertenencia a un sexo y el sentimiento inequívoco de fijación a él.

Al llegar a la adolescencia todo esto se complica y se amplifica. Si durante la infancia el sexo es el hecho más radical a nivel existencial, durante la adolescencia, además, se convierte en el hecho más radical a nivel vivencial.

Los cambios que se sufren en la pubertad no son un simple crecimiento, son un cambio radical; se produce una

transformación real en muy poco tiempo, casi una metamorfosis. Los cambios van a arrancar del cuerpo y es a partir de ahí desde donde se inicia el proceso de referenciarse y ser referenciado.

Las diferencias con base neuro-hormonal separan los puntos de arranque del proceso: las chicas se adelantan casi dos años a los chicos. Pero tanto en ellas como en ellos el cuerpo va a ser el escenario de la acción, el cuerpo como sustento y como carta de presentación de esa nueva identidad incipiente. En ambos la narcisificación corporal a través de la mirada "del otro" toma en ese momento vital la capacidad de reorganizar la aceptación de ese nuevo cuerpo.

Pero ese cuerpo puede convertirse también en un posible núcleo conflictivo. Bien a nivel superficial, cuando hay una mala aceptación de los propios ritmos, cuando hay falsas creencias sobre el desarrollo y las propias capacidades y en los problemas de aceptación de la figura corporal. O bien a niveles más profundos, como en la anorexia/bulimia, en las ansiedades graves de separación y en las transexualidades secundarias.

La identidad de la adolescente y del adolescente se reafirma en ese nuevo cuerpo, fuente de conflicto pero simultáneamente de ventajas, y en las nuevas

capacidades cognitivas. El mundo toma un nuevo significado.

Sintéticamente: el "yo" adolescente es un "yo" repleto de inquietudes y deseos de autonomía que se enfrenta a un "yo" real lleno de limitaciones estructurales sociales implícitas en la asignación. La adolescencia es una época de exigencias y responsabilidades.

La identidad sexual y los ritos de pertenencia

En el mismo orden de cambios la identidad sexual se actualiza, de manera simplista y con una gran exigencia, en las y los adolescentes con un mandato claro: "ser una mujer es ser femenina y esto conlleva tener una sexualidad femenina", "ser un varón es ser masculino y esto conlleva tener una sexualidad masculina".

Nadie sabe bien qué es todo esto, la herencia biológica no va a ser lo que permita a una/un adolescente poder clarificar e identificarse con un modelo unificado de lo que es ser femenina y masculino. Mucho menos cuál va a ser el significado de tener una sexualidad femenina o masculina.

La feminidad y la masculinidad son constructos que surgen de los diversos sentidos que la sociedad le asigna a la imagen de mujer y de varón. Desde lue-

go no son conceptos naturales, son conceptos históricos, culturales, psíquicos, sociales y relacionales. Es en el mundo simbólico que se maneja en cada cultura donde se reflejan claramente estos constructos y lo que va a servir de referencia.

Hasta hace unos años la adolescencia disponía de los ritos de paso que facilitaban la adquisición de su nuevo estatus; en nuestro ámbito cultural se carece de las ritualizaciones de pasaje de la niñez al siguiente período vital. El significado de este ocultamiento explícito tiene que ver con el propio alargamiento, hasta el absurdo, del período de tránsito entre la niñez y la juventud, la adolescencia.

La propia Organización Mundial de la Salud, cuando define los límites de la adolescencia, incluye un período pre, que se corresponde con el inicio de la pubertad, y un post, que casi se solapa con la juventud, alargándose desde los 10-11 años hasta los 21-23 años.

No caben ritos de paso a un período tan indefinido, el tiempo de espera es demasiado largo y la exigencia real es la permanencia durante demasiado tiempo en una situación en la que las capacidades de autonomía e independencia no se pueden llevar a cabo.

A pesar de esta ausencia de ritos formales, la maduración y las nuevas capacidades exigen un escenario donde

afianzar el cambio. Va a ser el "paso a la calle" el que marcará estos rituales de inclusión en el mundo adulto, conquistándose al asumir los modelos que dan consistencia al grupo de iguales.

Sus nuevas capacidades fisiológicas procreadoras recién estrenadas, la maduración ovárica y testicular, van a tomar significados vivenciales y sociales diferentes en este paso en nuestro contexto cultural.

El adolescente varón sabe que su eyaculación debe investirse relacionada con la virilidad y como resultado inequívoco de la erección. En este investimento fálico se relaciona de forma muy íntima la masculinidad con la potencia y de paso se legitima el placer.

La mayoría de mandatos explícitos que reciben los chicos tienen que ver mucho, ya se inició en la infancia, con la eliminación de todo rasgo de ambigüedad y para ello hay que eliminar todos los vestigios de componentes femeninos y ensalzar la masculinidad como reflejo cierto de la virilidad.

La masturbación se convierte en el modo de demostración de pertenecer a esa categoría. Aunque rápidamente va a dejar paso al verdadero valor que subyace en esa demostración, el varón tiene que ser el polo activo de la sexualidad; es en este plano donde la agresivi-

dad aparece como el proyecto de la masculinidad. Así, la conquista sexual se convierte en un elemento que no sólo ofrece refuerzo narcisificante por el hecho de "ser uno reconocido y deseado por la persona deseada", sino que tiene la función clara de refuerzo y mantenimiento de esa masculinidad siempre frágil. La penetración coital se convierte en la confirmación de haber realizado el pasaje y en un espejismo de realización.

Es el encuentro con los otros (varones) el espacio iniciático, que se enfrenta a la familia, que va a ser asimilada como el espacio fusional, protector, "cas-trador" y feminizante.

Es la vertiente genital de la sexualidad, vinculada al placer orgásmico, en la que los varones están mejor entrenados.

Para ellas la maduración ovárica, vinculada con la menstruación, tiene un referente vivencial directo con otro registro, la responsabilidad, que es mucho más limitador. A esto se suma que en el espacio simbólico legitimador y afianzador de la feminidad, la identificación con la madre (personalmente) y la capacidad de serlo (socialmente) es irremediable, y éste es un registro deserotizado. Las chicas van a estar mejor entrenadas en la vertiente vinculada a los afectos, la ternura, las caricias, los sentimientos, poco genitalizada.

Así, la legitimación del placer en las adolescentes es mucho menos explícita que en los varones, y el deseo sexual como un proceso activo mucho más difícil de asumir.

Éste no parece que sea el contexto donde ellas van a tener que incorporarse en ese rito de paso irremediable hacia la adultez.

A modo de discusión

Las y los adolescentes están empujando a escribir su vida en solitario, un esfuerzo considerable. Su sexualidad, la manera de sentirse como varón o como mujer, se ha convertido en el registro más emergente de sus vidas; no puede ser de otra manera, la historia personal de cada individuo es una historia escrita en clave sexual.

Por otra parte caracteriza a las y los adolescentes el tener todas las puertas abiertas en este proceso de construirse adultas/os. Deberíamos ser capaces de educar dejando que vayan cerrando las puertas que tienen que cerrar y dejando abiertas aquellas que cada una/o deba dejar abiertas según su historia personal.

El equilibrio entre los límites y la capacidad de decisión debería marcar los objetivos de competencia en la educación sexual en la adolescencia.

Bibliografía

1. Bancroft J, Reinisch JM. Adolescence and puberty. Oxford: Oxford University Press; 1991.
2. Capellá A. Sexualidades humanas, amor y locura. Conferencias de Psicoanálisis. Barcelona: Editorial Herder; 1997.
3. Foucoult M. Historia de la sexualidad. Madrid: Siglo XXI; 1987.
4. Laqueur T. La construcción del sexo. Madrid: Ediciones Cátedra; 1994.
5. Master W, Johnson V, Kolodny RC. La sexualidad humana. Barcelona: Grijalbo; 1985.

